moñona

Número 4

FEB 2026

Palurda
Palestra

A quienes hicieron posible esta edición.

Portada

Juana Romero

Equipo Editorial

Gabriel Borja

Juan Pablo Vergara-Marín

Alejandro Bastidas

Escritores

Eddy Araque

Samuel Muñoz

Oriana Morales

Samuel Fonseca

Editorial Palurda Palestra 2026
Moñona número 4
Derechos sin proteger
No hay plata para el **ISBN**
Edición Gabriel Borja & JPVM
Publicado Febrero 2026

Contenido

Nota Editorial | **Gabriel Borja**.....3
Planeación Urbana | **Eddy Araque**.....5
Un Café | **Samuel Muñoz**.....10
¿A quién matar? | **Juan P. Vergara-Marín**.....16
Me gusta que me chiflen | **Oriana Morales**.....26
La tiranía de los ratos | **Samuel Fonseca**.....29

Nota Editorial

■■■

"Boliviana, ven
Vamos a bailar
Que contigo, linda morena
Me quiero casar"
Ibrahim Ferrer[1]

Si no lo notaron ya, las últimas entregas de *moñona* no gozaron del mismo cariño y tacto que las primeras. Debo confesarles que ya no existe la misma ilusión con la que editamos por primera vez este proyecto. Claro, el tiempo lo erosiona todo, hasta las ganas, o como le gusta a Alejandro, *todos los sólidos se disuelven en el aire.*

"Toca ver cómo le hacemos para sazonar esas moñonas" Fue el mensaje que me envió Juan Pablo está tarde mientras terminamos de detallar esta edición. ¿Uno cómo vuelve a sentirse enamorado? La expectativa es una vaina jodidisima, que abandona rápido. Pero la escritura es paciente, es permisiva con sus hijos, con nosotros.

La sazón, Juan Pablo, tiene que ver con variar. Uno sazona cuando mata la rutina, cuando descubre una canción, cuando baila con un desconocido. Tenemos entonces que hacer lo mismo, variar. Hay que invitar a la escritura a bailar de nuevo, coquetearle un rato, invitarle un trago, presentarsela a los amigos y cuanta artimaña haya que hacer para volverse a enamorar, porque yo pretendo seguir bailando.

Gabriel Borja | **Editor**

[1] Ferrer, Ibrahim. 2003. "Boliviana." En *Buenos Hermanos*. CD. London: World Circuit.

Planeación Urbana

Eddy **Araque**

■■■

Nadie le da a su hijo una piedra, si él le pide pan

Mateo 7:9

La forma más sencilla de ganarse un perro, especialmente si es bravo, le late, le tiene miedo, lo ve a usted bípedo, vestido como una amenaza, es dándole pan, mejor sale si el pan está ligeramente untado de sus babas, o sea, si se lo venía comiendo en el momento en que se encontró el perro. En la mayoría de los casos, el maridaje de pan y babas es premeditado y contempla tres factores: lo mordieron o casi, los perros bravos son muchos e inevitablemente se los va a encontrar. Sin embargo, no necesita experimentar cualquiera de los factores para fijarse el recordatorio de guardar un pedazo de pan en el bolsillo antes de salir. El carbohidrato puede variar: arepa de maíz, pan de queso, pan aliñado (que dicen tiene chicharrón), papa salada, yuca, lo importante es que le quepa en el bolsillo y lo envuelva previamente para que no se llene de mota porque los perros también valoran la sorpresa, eso sí, lo mejor es que evite mojicones, pan calentano, arepas liudas y los derivados muy dulces en general.

El pan es lo que mejor puede negociar entre usted y los perros, no le sugiero carne porque todos los líquidos que tiene son más fuertes que las babas y hay posibilidad de que usted funja como fuente de más carne cuando se les acabe. Además, tiene un hedor característico que haría que todos los

perros —incluso los que tienen collar— le hagan desfile y difícilmente le alcancen los dientes para transferir su mordisco en un momento que requiere precisión y rapidez. Tampoco es buena idea una zanahoria, un apio o una verdura cruda, necesita de mucho convencimiento para que los perros se acerquen ante semejante nada y tendría que llevar consigo más o menos un kilo. Ni pensarlo con el concentrado, tiene un tamaño atómico e insuficiente para, uno: conservar sus babas, dos: alcanzar a calmar a todos los perros que lo persiguen y en el caso más probable lo van a morder.

Debe cuidarse de su inventario anímico y corporal, tener los ojos abiertos y evitar el exceso de predisposición, los movimientos muy bruscos son imprecisos y crueles, considere que hay perros que confunden el pan con una piedra y en cualquier escenario si atacan o se van asustados usted pagará una condena de miseria. Como si estuviera sirviendo la mesa, lo primero que se hace es saludar a los comensales, “hola bonito” “hola hola” “hola ts ts”, mientras va mordiendo el pan o se lo va sacando del bolsillo para untarlo ligeramente de su ADN, hábleles con calma aunque sean un diluvio de ladridos al lado suyo. No los alborote más con los gritos y calcule la trayectoria de su anzuelo, que no caiga con ruido seco, ni tan cerca suyo, ni en donde hay más tierra. También es importante la repartición: suficientes bocaditos para todos, ni tan grandes ni tan boronas, cosa que alcance a caminar unos dos metros.

Hay perros que no avisan antes de acercarse, podría ser porque son traidores o porque ya tienen fijada la presa, no está claro si un pedazo de músculo (la mayoría de las veces mediocre) los puede saciar de alguna manera, pero quizá sea como con el chicle: la sensación de masticar llena. Cuando uno se albirisca el resto siente la envalentonada, salen en gavilla y son un lobo con cien patas; uno babea, la perra tiene las seis tetas largas y escurridas, el otro late como si estuviera mordiendo aire y el resto van detrás haciéndole tripita y ruido. Se siente una carcajada honda cuando ladran en coro, hacen un abismo en medio de todas las palabras humanas que los llaman o los ahuyentan, la más común es “chite”, que con el hueco no alcanza a ser sino una sílaba ahogada.

El miedo huele más fuerte que cualquier comida y se ve a leguas, si llega con miedo, dirían que usted se fabricó su propio destino, pues llegó temiéndole a los perros antes que a la cuadra. Entiéndalos, hay que desconfiar, por supuesto, de quien no sabe fingir su miedo, ni programar sus respiraciones para que no se la monten; aún más de quien siente semejante precaución por un grupo de perros hangeando. Si es la primera vez, pierda cuidado, eleve sus plegarias, no corra, por favor, no corra. Si Dios le oye, aparecerá una máquina ruidosa (camioneta) a lo lejos que los distraiga lo suficiente para darle rango de movimiento.

A la próxima, guarde sus dos mil de pan, cerciórese de conjurar con sus babas todas las unidades. No las divida sin que ellos lo presencien, antójelos y no se olvide de comer

usted también. Con paciencia verá que a los panes genéticamente alterados les sale pelo y garras una vez entran en el cuerpo. En medio del compartir, la conversación de pasillo —aunque sea un soborno y esté en la carretera— será más clara para los unos y los otros, arrojada y tragada la semilla basta con esperar el árbol que les crece adentro.

Un Café

Samuel **Muñoz**

■■■

Desde que su primo le consiguió una plaza como asesor comercial en el Banco de Londres los días de Carlo eran invariables, ducha a las seis y cuarenta, traje de rayas o polka, el saludo indiferente con el portero, tomar el que pasa por Belgrano y que ojalá no esté muy lleno, un sándwich en el *diner* del lobby y apuntillado en el escritorio a las ocho. Entonces llamar a Eduviges para cuadrar el cine de la tarde o suspirar si los legajos dejados por la secretaria son de un grosor inesperado, no vaya a ser que de nuevo haya problemas con la sucursal de Río, como dan dolor de cabeza los lusos, encima de perezosos salen arrogantes.

Pero hoy cumple Eduviges y parte en el de las tres y quince a Córdoba. — No hay de otra —le había dicho de madrugada con su voz de pajarillo melancólico — Mamá está enferma y tu con tanto quehacer y el perro avaro de tu jefe que siempre lanza insinuaciones sobre la inflación y los recortes y qué haremos si suben los generales, tranquilo cariño que vuelvo a más tardar el domingo—. Entonces Carlo se decide, sin mucho preámbulo o conciencia, como poseso por voluntad, por enviar el laburo al carajo. A la mitad del recorrido se baja al azar en Hipólito, tal vez la muchedumbre indiferente y la falsa calidez de los letreros neón lo hacen sentir que arriesgar el pan no es mucha cosa, total sospecha que el Señor DaSilva le tiene un secreto aprecio, e igual les será una pesadilla a esos mezquinos poner al día a un nuevo asesor, con lo complicadas que están las cuentas de Rio.

Llama en una cabina a reportar gripa y cuelga antes del reproche, después a Eduviges —Espérame, voy contigo. Pronto van a ser mis suegros y no solo se debe estar en la salud, yo después arreglo en la oficina—.

Piensa que igual debe desayunar, en casa solo hay fideos y la comida del tren provincial es un verdadero bodrio. Mira distraído a los distintos pasajes que lo invitan a gastar con sus marquesinas chillonas, casi que empujado por la fatiga ocular se dirige a una sombría fonda incrustada en una esquina, está cubierta por un vulgar toldo rojo que anuncia sin mucho alarde, en tela desgastada; Café Roma. Entra, pone la gabardina en cualquier silla y se sienta a jugar con el menú. Es juego porque si bien lee las diez páginas con sus postres y aperitivos sabe bien que en estos lugares poco más que el café y los huevos son comestibles. Ya decidido, segundo arranque de confianza del día, espera a que le tomen la orden, con inusual expectativa, como si no fuera de los más común y aburrido. Dos, cinco minutos, nadie se acerca, ni agua le han servido, agarra el periódico abandonado y pasa a la sección roja para disimular la impaciencia. Un lío de pasión, tres putas muertas, nada que no se haya visto.

Igual finge estar absorto en la lectura porque desde que entró el comensal de la mesa de enfrente, un viejo con levita negra, de esas del París del siglo pasado, no hace más que estudiarlo con sus ojos de un azul apagado, casi lechoso. No con curiosidad o disgusto, pero con un extrañamiento que raya en la sorpresa y con una concentración infranqueable. Carlo lo

ignora al principio, no puede decir que le molesta mucho, pero entre menos lo atienden parece que se intensificara más la vigilancia. Ni siquiera para sorber el licor verdoso entre sus arrugadas manos deja el extraño de punzarlo con la mirada. Carlo levanta por fin la mano y tose exageradamente, no le queda otra que la altanería, pero ni así se acerca un mesero, y no porque falten.

El lugar está prácticamente vacío, pero hay dos muchachos en delantal blanco roído recostados contra la pared, pegados a la radio de la barra sin hablar, solo escuchando la vocecita metálica, imposible que no lo hayan notado. El fastidio se transmuta en enojo, pero más que todo, y esto no se lo admite, lo pone nervioso el viejo fisgón. Por eso no se ha ido, por eso no les ha echado la madre a los empleados holgazanes, por eso no ha gritado el fútil pero liberador "Es que esto es el colmo".

Siente inexplicablemente que irse sería una derrota, que eso es lo que el anciano (¿pervertido o senil?) busca en vil conspiración con los púberes camareros. Sabe que es ridículo, pero igual lo siente. Se resuelve por devolverle el favor a su torturador, lo clava con los ojos y la mente, pero el otro continúa en su inútil tarea con la misma calma, como si observara al vacío, como si él fuera una bolsa transparente y en verdad solo estuviera contemplando la pared con la litografía descolorida de Goya que está detrás. Carlo ya no piensa en comer, una náusea le devora el apetito y sí quiere que le traigan algo es un revólver para cuadrarle diez tiros al

viejo metiche. Ha perdido el duelo y lo sabe, es ridículo reclamar, no está en una taberna, el loco sería él, el loco es tal vez él. Necesita control sobre algo, alza la voz, esforzándose sobrehumanamente para que no salga entrecortada y pide un café, sin crema, sin azúcar, sin carne, un café llano. Eso no se lo pueden negar a nadie, un poco de humanidad por favor.

Silencio, aullante y ensordecedor silencio, a cinco metros los hijos de perra lo escucharon, pero ni siquiera tienen la decencia de burlarse, continúan como hipnotizados por la radio que escupe ahora una publicidad de jabón líquido, y el otro crápula sigue sin inmutarse, observando al abismo como si estuviera fuera del mundo. Carlo Gianini, ejecutivo financiero y novio sobresaliente, menos merecedor de humanidad que el jabón líquido. La asfixia es ahora total y para evitar el desmayo se levanta tambaleando, ahí ya está seguro de estar soñando pues el viejo le dice, con total naturalidad y sin una nota de reproche— Lo que pasa es que usted estaba sentado en mi mesa—.

Ya no aguanta más, hace un amague de balancearse, para estrangularlo, pero sus piernas reciben mal la instrucción y se van en dirección contraria, casi corriendo hacia la salida. Ahí el sol cegador de mediodía, el aire infecto de humo, pero el paraíso, a salvo de esa mirada que como el odio de Dios lo abarca todo. No ha recuperado el control corporal, continúa huyendo de ese infierno escondido, con una risa atragantada por el pánico. Cinco, diez pasos de éxtasis sobre el andén, hacia el paradero, cualquier ruta, la que vaya más lejos.

Entonces la desbandada de palomas, la advertencia en vano del vendedor de cerillas, el chirriar del tranvía, la sangre mezclada con el rocío y la llamada que nunca llega a Eduviges.

¿A quién matar?

Juan Pablo **Vergara-Marín**

■■■

Las luchas deben tener vencidos. Las luchas que libramos son tensiones no solo para evitar ser los derrotados, pero también, existe una pulsión por derrotar. No pretendemos ser asesinos, las luchas son las relaciones que formamos para evitar la muerte. Si no luchamos, no nos entregamos a la muerte, nos damos a la voluntad de matar del contrincante. ¿Contra quién luchamos? ¿Quién nos quiere matar? La identidad la entiendo como un relacionamiento, así como la lucha, librada por nosotros, por otros, y en determinados espacios. Somos en la medida en que triunfamos, dejamos de ser cuando nos derrotan. Decir que 'somos' sin incluir un motivo no basta, no existimos por nuestra conveniencia. La inercia, un *conatus*, es la voluntad de no morir, o más bien, el trayecto de lo vivo hacia la muerte, hacia la entrega individual a la vida toda. Distingo a la muerte de su ejercicio humano por vencer al *conatus*, por reclamar la acción de la parca. Somos en la medida en que reclamamos a la muerte. ¿A quién matar?

La semana pasada tuve una conversación con un gran amigo mío (que por cierto puedo verle la cara mientras evito nombrarlo) sobre la responsabilidad que tiene la izquierda de poner en cuestión la combinación de todas las formas de lucha. Ambos militantes, partidarios, y víctimas del temor a morir (que por cierto puedo verle la cara mientras afirmo esto de él), nos preguntábamos por los pasos a seguir para finalmente vencer. Tenemos un consenso fuerte frente al

contrincante y a las razones por las cuales todavía nos consideramos 'combatientes', por las que todavía tenemos una lucha pendiente. Como una suerte de muletilla mi amigo cantaba el primer verso de 'No Pasarán' de Carlos Mejía Godoy, pero los fascistas permean, los fascistas se hacen elegir, los fascistas se preparan. Y qué, ¿matamos a los fascistas?

Quiero hablar sobre Federico García Lorca, del trasegar del pasado y la insistencia de la memoria. Los recuerdos, que, aunque los tengamos cercanos a la mente o a los sueños, no pienso que nos pertenezcan, forman parte de hebras deshiladas que van y se alejan y a veces le caen a uno sobre el párpado como un pelo de animal. Pienso mucho en Lorca, en que está bajo tierra en quien-sabe-dónde, pero también está en algún dibujo, fotografía, poema o recital. Lorca también no está, lo mataron, nos lo arrebataron los fascistas y nos privaron de verlo envejecer, de crear y envejecer. Me fastidia que la gente insista en que, si recordamos a Lorca quiere decir que se derrotó a quienes lo asesinaron, como si al final su muerte se hubiese convertido en una suerte de sacrificio para la manera como lo leemos y lo sentimos -o por lo menos lo siento yo- tan cercano. Nos vencieron porque perdimos a un Lorca viejo, porque ganaron los de la legión por casi cuarenta años y lo desaparecieron, desaparecieron sus huesos, la materia que dio cuenta de que Federico fue un hombre mortal. La memoria no nos pertenece, ni sabemos muy bien qué hacer con sus muertes o por decirlo en eufemismos, sus lugares de reposo. Las cosas mueren todo el

tiempo, hasta el tiempo en sí como instrumento, las letras se cansan y bueno, todo se va desgastando en las rodillas del mundo. No se pueden matar a los asesinos de Lorca, ni de los republicanos, ni de los civiles en la Guerra Civil Española. Es imposible matar a los muertos, pero hay gente que insiste que Lorca ganó porque se le lee, se le recuerda. Lorca fue uno entre miles de asesinados durante la Guerra Civil, y por casi cuarenta años se impuso una dictadura en Europa que vio como se alzaba el único Estado fascista en el mundo. Nadie mató a Franco, aún así el reclamo de su vida no acabó con el fascismo en España, aún ni la transición democrática ni sus instituciones acabaron con el fascismo en España. ¿Qué mata el fascismo? ¿Qué acaba con la hidra del fascismo?

Cuando se piensa en guerra, cuando se emplea esa palabra para designar a un conflicto, la imaginación se encarga de limitar los espacios en los que se desarrolla: algún campo de batalla, una instantánea, fuerzas beligerantes, capitulaciones, ejecuciones, y armas. Las guerras suelen tener fechas de inicio, víctimas, teatros, producción de memorias traumáticas asociadas a las hendiduras de la violencia. Pero la violencia no termina con una fecha, y las escalas de la guerra no comprenden el arraigo de esta. El fascismo, que sobre todas las cosas reclama la vida como propia, es violento, su arraigo no finalizó con las guerras en Europa, ni con la globalización liberal de finales del siglo. La violencia, una lucha entre violentos y violentados, no procura la muerte únicamente, pero incorpora, envenena a la vida y a su carne, y se convierte a su vez en el recurso de los violentados, una instancia

primigenia. La cuestión no puede radicar en la magnitud de las violencias, en que una supere a la otra para triunfar, pero más bien en dónde se emplea la violencia, porque entonces reclamamos una igualdad de condiciones, así como el demos en Grecia, la tribuna de los plebeyos en Roma, o el proletariado en el largo siglo XIX. ¿Dónde clavar la estaca, en qué escenarios incorporamos a la violencia? ¿Llamamos amiga a la muerte? El fascismo la invoca como musa, reclama la belleza suya en cuerpos ajenos, siempre divisibles como hojas en otoño. El fascismo la instrumentaliza y carga sus emblemas y le canta como heredero de su guadaña. El fascismo debe ser entonces, debe marcar el lugar donde caiga el golpe de gracia.

Piensen en los lugares, en los medios que han permitido la permanencia y el auge del fascismo en la contemporaneidad. Piensen en la relación de este presente con el pasado, siendo esa relación una lucha en sí, un pasado en contienda: ¿quién tira de qué orilla? ¿qué pasado recomienda cada parte? Piensen también en el futuro configurado dentro de ese pasado, en la idea del Reich de mil años que masturbaba Hitler, en los Objetivos de Desarrollo Sostenible, en nuestro acceso a la información malintencionada. ¿Cuál es esa imagen y cómo nos podemos acercar a ella? Mi amigo insiste en la muerte, en que la vida suya no importa, siempre y cuando la dé en la lucha. ¿Cuál lucha? ¿La del guerrillero en el monte? ¿Es esa la gran estrategia de la lucha revolucionaria? ¿Retirarse a la montaña e insistir en volver a marchar a las ciudades? ¿Alguna pantomima en la Plaza de Bolívar con el

puño en alto? Mi amigo insiste en la puesta en escena, como si la lucha no fuese tan necesaria entonces montamos una tarima y la reinterpretamos, como si sus violencias fuesen necesarias verlas entre dos cortinas, entre dos actores. ¿Alguna bomba? ¿Alguna idea de dónde hacer estallar una bomba? ¿Y ahí qué? ¿Regresar al monte, destapar una botella de champán o una de güisqui, prender una fogata y cantar? Me temo que la guerra se avecina y no sabemos aún como combatirla, la lucha se sigue dando todavía, los recursos naturales son acaparados y debidamente negociados (con sus debidos costos marginales calculados y todas las cifras que se quieran para realizar las transacciones), la gente anda más convencida de las verdades y de las fuerzas que configuran esas verdades. Mi amigo insiste en matar, ¿pero a quién? ¿una vida vale la de toda una tormenta? ¿A quién sacrificamos, a Lorca o a Franco? ¿Quiénes podrían redimir a la humanidad? Vámonos de frente contra el fascismo, eliminamos una cabeza y luego otra y luego otra y luego otra. Matemos a todos los nombres en la lista Forbes de las personas más ricas en el mundo y redistribuyamos la riqueza y construyamos la Unión de Repúblicas Socialistas Latinoamericanas con capital en Bogotá. Tenemos todavía un aparato productivo que desmontar, décadas de interdependencia en las economías voraces capitalistas formularon también una cuenta regresiva de autodestrucción. Pensemos en escalas locales y menos desesperanzadas entonces, pensemos en lo más local posible, pensemos en nuestra disposición para entregar nuestra vida a la vida toda. Pensemos en las luchas identitarias que le

permiten leer esto, ¿a quién mataría? ¿sabe a quien vencer? ¿sabe por qué hay que hacerlo?

Escuché a mi amigo frustrarse puesto que habíamos encontrado diferencias irreconciliables que nos separaban algo, que si algo él llegaba hasta ahí o yo no seguía adelante. Es frustrante que sabiendo a quien combatir, sabiendo quien considera nuestra existencia como una amenaza, y sabiendo quién amenaza a la vida toda, no podamos ponernos de acuerdo en los pasos a seguir. La revolución no surgirá ni en las urnas ni en las venturanzas urbanitas de algún perdido en el monte. Al fascismo no se le discute, si existe algún régimen democrático que contempla la integración de este para su desarrollo entonces deja de ser democrático, puesto que el pueblo no se expresa por medio de sus instituciones ni pone en cuestión certezas como la vida misma. Mi neurosis se dispara cuando pienso en el vértigo de la violencia, soy una persona cobarde que le teme a la voluntad de otro sobre mi vida, en que se tengan que negociar sus términos, en que se logre convencer a la gente que la verdadera emancipación se alcanza mediante el voto, el dinero, la movilidad social, y la teleología. Me desespera que las barreras de acción de la gente se vean condicionadas por su miopía política, por una podrida actitud crítica, por un convencimiento de que la lucha no les concierne. Si pudiésemos resolver a la pregunta de a quién matar, estoy seguro de que mentes más brillantes que la mía y que la suya ya hubiesen llevado a cabo el asesinato. ¡Pum! Nos volvimos comunistas y ni cuenta nos dimos, la revolución ya sucedió y todos en verdad vivimos en

un estado constante de negación por nuestra excesiva felicidad. Los fascistas, o más bien, el fascismo es menos por eso mismo, por creer que hay muertes más valiosas que otras, y por eso mataron a Lorca, por eso exterminaron a seis millones de judíos en el Holocausto, por eso les gusta comparar cifras de personas e insisten que los muertos en el comunismo exceden cualquier voluntad de vida. Combatir su retórica violenta con más violencia es rebajarnos a sus reductos, a su especialidad técnica que nada tiene que ver con la envergadura de su discurso. ¿Matamos a los voceros? ¿Para qué? ¿Para que se proclamen mártires de la libertad de expresión? ¿De la libertad? Y entonces, combatir en las urnas es reconocer su legitimidad en la participación electoral y participar en los vicios de la democracia liberal.

La trampa es que debemos matar a alguien, a una silueta que aún no identificamos y que en el presente podemos preguntarnos ¿qué hubiese pasado si Franco se hubiese ahogado al cruzar el estrecho de Gibraltar? El fascismo es una hidra ciertamente, no pensemos en los rostros del fascismo sino en sus alcances, en cómo sofocamos al monstruo. El reclamo de una condición universal, más allá de alguna minucia que nos distinga a nivel identitario, es la mejor lanza. La organización política impera, pero no se debe reducir a las antiguas oficinas de Teusaquillo ni a los fragmentos enmarcados de nostalgias y victorias presas del pasado. Triunfar también es seguirlo haciendo. No nos podrán vencer si sabemos cómo combatir, si sabemos cómo y dónde prepararnos. Si las instituciones no significan democracia,

¿dónde está? ¿dejó de existir? Cuando salimos a la calle (que, por cierto, la malla vial de las ciudades contemporáneas suele estar ocupada en su mayoría por vehículos particulares) reclamamos su carácter público que ha sido ofrecido para la circulación del progreso. Dictemos nosotros los ritmos de andanza y dejemos esa muchachada desobediente, más bien optemos por la obediencia de los ciclos propios de la tierra. El fascismo se arma, no todo puede ser un mensaje de aliento y de pasividad victoriosa: no poseemos armas de fuego, ni milicias, ni infraestructura, ni entrenamiento para librar una guerra contra un aparato militar. Tampoco podemos retirarnos al campo si seguimos pensando en las ciudades como las plazas últimas de la organización social. ¿Y el suicidio? Eso es dar la vida por la vida propia, un latigazo del eterno retorno. La moralidad bajo el capitalismo y auspiciada por el fascismo procura blindar a la persona, no como individuo, sino como un ente aislado que cubre el litigio político. No se construye al pueblo por la suma de los individuos, somos el pueblo todo, la vida toda. Somos en la medida en que triunfamos y mientras otro triunfe iremos por la senda del desentendimiento del tejido social. La organización política y combativa contra el fascismo de la vida toda no responde todavía a la pregunta inaugural porque no nos ocupa esa pregunta. El fascismo no solo se encarga de dar respuesta sin titubeos, además la premia como estandarte, como una afirmación: hay que matar. ¿Qué preguntas nos ocupan entonces? ¿Vale la pena seguir en un espiral de inquietudes? Nos basta con la certeza de la vida

toda, del arraigo material, relacional, amoroso, y vocacional. Si optamos por el sendero académico de la pregunta no contestada intentemos ajustar los signos de interrogación entre los medios que reproducen y que anuncian un nuevo orden mundial, quienes les incomoda que nos preguntemos. A los muertos por el fascismo no les permitieron la duda.

¡Oh mis días de glorioso estaño!
¡Ay de las vírgenes virtudes del canto!
La bruja palabra
Silencioso dictamen
La cara en campana
Con el tiempo del partido.

Me gusta que me chiflen

Oriana **Morales**

■■■

Me gustan los vicios y la dependencia. Tengo un particular fetiche por escribir con los humos en la punta de los dedos. Por mostrar la tanga por encima del jean y por sonreír por dentro cada vez que me miran con ese deseo particular que tienen los hombres. Esa mirada que vomita el deseo carnal que llevan dentro. Me gusta verlos regurgitar todos esos pensamientos asquerosos que quisieran gritarme a la cara y sentir cómo sus miradas se fijan en la parte baja de mis espalda, como dos espadas clavándose justo en los huecos de mis hoyuelos. ¿Qué sería de mí sin esas miradas penetrantes, esos microacosos que me enfrían las escápulas?

El día que nadie me mire tendré que revisar si todavía sigo existiendo.

Quizás debería sentirme culpable… por eso le llamamos gustos culposos. Me ajusto la blusa, enderezo la espalda, camino más lento, sonrío por dentro —siempre por dentro—. Y mientras ellos creen que me consumen, mientras me observan, yo ya tengo un inventario.

Uno más, uno menos. Hoy fueron seis y quizás mañana siete. Ayer no fue ninguno y de repente tener el pelo atado ya no es de mi agrado: amarrarme el cabello me resta audiencia, me hace menos consumible en el ojo ajeno de la calle. Aunque claro, no es un secreto que el moño resulta llamativo en la intimidad de una luz tenue, cuando anuncia obediencia y promete disponibilidad.

Sigo vigente.

Lo peor de todo —realmente lo peor— no es que me chiflen, ni que me miren, ni que me griten. Soy yo la peor de todas. La abuela no me enseñó a ser bonita, me enseñó a ser necesaria, placentera. Necesaria para el comentario rápido, para la saliva derramada en el borde de la camisa, para los boxers que se salen del jean, para las fantasías frustradas y para los sexos inquietos. Soy parte del ecosistema de la paloma sucia y la silla de cemento con cualquier mamarracho escrito en rosa fosforescente.

En medio de un bombardeo de doctrinas sexistas que premian la obediencia y castigan la autonomía, crecimos transitando por calles donde nuestro valor era concebido con la mirada de uno que otro extraño. En la calle mi cuerpo no es mío, es una función abierta para el público con horario extendido. Las entradas no cuestan mucho y no hay estación de comidas. Todos van a devorar la película porque a nadie le importa comer durante ella.

Tanto la casa como la calle son escuelas eficientes: aprendemos que nuestro cuerpo no nos pertenece del todo y que vale más para nosotras entregar partes de él a quienes fantasean con su conquista. Cargo con una necesidad absurdamente vergonzosa de materializar sus fantasías, de sentirme mujer pero volverme objeto mientras intento encajar mi pie dentro de los cuadros de cemento.

La tiranía de los ratos

Samuel **Fonseca**

■■■

Viví con Martina cuatro meses. Como era tan poco el tiempo que podíamos pasar juntos, escribía lo que podríamos estar haciendo si no estuviéramos ocupados en cualquier cosa que no fuera amar. Peor aún, en un mundo donde la crueldad de mi falta de sueño y los cálculos logarítmicos dejaban bloques de correspondencia.

La primera versión la dejé sobre el comedor antes de irme, sostenida por una taza de café medio llena, para que la brisa de una casa con ventanas cerradas no se la llevara. Ese día se me hizo tarde. Temo que ya acabé las cosas que podía hacer temprano.

10 de marzo 7:24 a. m.

Claveles crecen en la repisa del cuarto y una rebelión de cosas sutiles como también de tus besos se escuchan en el silencio de la casa; todavía puedo sentir la textura de tu lengua en mi boca, o tus olores en los que espero seguir sumergido cuando estoy afuera.

Cuando tuvimos tiempo acudimos a las artes hipnóticas y alquímicas, en ese futuro habíamos resuelto una regeneración, los cortes por profundos que fueran se sanaban con solo dormir un par de horas.

Ya no se sabía si las sesiones de hipnosis que nos daban tardes enteras eran sólo una excusa para mirarnos con atención y en silencio, una excusa más para estar frente al otro con los ojos cerrados, para decirte cosas como: sigue mi

voz, o preguntarte ¿qué es lo que quisieras ver cuando cierras los ojos? No se sabía si era una excusa o era la razón por la que empezó el cuerpo a dormir más fuerte, a sanar heridas que tomarían meses con unas horas de descanso, a darle un dulzor espeso a la sangre.

Fue así como empezamos a hacer trucos que le mostramos a nuestros amigos, como el de dispararle a un vaso en la cabeza del otro, o juntarnos abdomen con abdomen y atravesarnos con una espada en la espalda del otro mientras nos besábamos; o visitar otros prados, casi sueños ajenos, con elementos silvestres, tótems y representaciones; hacías listas y mapas, parecía que resolvíamos tramos de significado y contra la lluvia de confusión, levantábamos campamentos de vigilia.

Ya había notado antes que te sentías cómoda en la oscuridad. Una pequeña fuente de luz era suficiente para que te manejaras por la casa con una suerte de visión nocturna. También actuabas como si no te diera frío. Esto sólo contribuía a una versión de subsistencia tenue que en su espiral hasta le quitaba el ruido a nuestros pasos, daba a los ruidos una reverberación acuática, al tacto una cuestión rasposa.

Cuando amanecías me decías que vivíamos en el estallido, que lo habías solucionado, insistías, mirabas al techo mientras te recorría las piernas a besos. Se nos pasaba la mañana acomodando y desacomodando intenciones; aprieto

los nudos, pintamos en el vapor de las ventanas, nos quedábamos mirando algo como si el tiempo no importara.

A veces te molestaba sentirte tan inmune, y me acorralabas con una de tus dagas de tu colección de cuchillos. Amenazabas con abrirme de arriba abajo y vaciarme, meterte dentro, prender velas. Sentías injusto que solo uno de los dos sintiera lo que era sumergirse en la carne del otro.

Tenías afinidades con el bosque, nuestros primeros encuentros eran en esos mismos tres árboles en triángulo, en los que nos rodeábamos y aprendíamos. Los bautizamos con funciones: este era el árbol del amor, el otro de la guerra, el último de la intención. Anatomía y sacar una cuerda de una guitarra para llamarlo tu tendón. Libros botánicos, emperadores antiguos que habían llegado a algo parecido, Pómulo y su amada Aurelia, lo que hacía parecer nuestra teoría aún más posible, leerlo en el techo. Estar yendo en hora pico a alguna parte de la ciudad y repitieras versos de esa noche - “Llovía tanto que los pájaros preferían quedarse cómodos en sus ramas antes que volar.” - “ Las hormigas estaban construyendo un palacio de hojas gigante para no sé quién viva.”. Las geometrías temporales que nos daban esperanza para vivir nuestros ratos constantemente, volver inacabables veces, compartir espacio con nosotros del pasado que se prepararon para que los del futuro llegaran. Me hablaste de reinos sutiles y las sombras como un ente por sí mismo. Ya se sentía una locura estar instalando antenas con satélites propios en nuestro techo, cómo los movimientos se

convirtieron en precisos para no sucumbir a la costumbre, desarrollar esta mirada de que nada es suficiente. No es que no importara, pero a veces eludimos la explicación. Amigos más razonables nos decían que todo era insostenible. Ya no se sabía si era infantil cualquier negación. No quisiera que se me pase la vida soñando, aunque en algo así vamos, los tendones y las sombras que generaban en la piel, te extraño y respondes que ya lo sabes. A veces imagino que piensas que por esa puerta no volveré, o que no debería alimentar esto esta vez, o es una simple apreciación lejana, que obviamente también lo es, pero lo que piensas que busco no es suficiente, conseguible, hay partes de la realidad que sólo puedo alargar contigo, hay algo de necesario y al mismo tiempo de contingente en la significación, grados de esclavitud en la ocurrencia, posibles y posibles versiones en las que llegaste a mi cuello. escuché a alguien enumerar cosas que le dieran vida y no supe cómo decir tu nombre, dije caminar, querer cosas o las cosas, en un futuro darnos vida, en un futuro darnos vida, me iba a dar vida. También las flores y sus dagas, la conversación que tuve alguna vez con tus rodillas, que pueda confiar incluso después de haber pasado por todo ese su mundo. No sé en qué momento cualquier otro cuerpo se me hizo tan grotesco, inmirable, asco cualquier otro aliento, ni siquiera puedo concentrarme cuando estoy allí, me insisten que me deje querer y sólo después de un rato se sobreentiende que no es suficiente, que hay cosas que solo se pueden decir de la intención, que te pienso en algún punto de la noche y podría seguir litro tras litro, no sabría cómo

ubicarme, quisiera hacer más que preguntarte, es complicado y sigo intentando recordar qué dio sentido antes a mis amores. No sabes cómo odio los lugares y me sumerjo en unas fantasías tan ingenuas de besarte todo el cuerpo y decirte cosas entre cada beso, cosas que sólo se me ocurrirían en ese momento, con tu piel y vamos a querer recuperar las cosas así, con ese tan simple gesto a la realidad, que la habitación esta vez sí sea infinita. Lo que pasa cuando ya no vuelve el animal con el que hiciste un trato, hacían falta tus manos para este hechizo, el bosque te extraña, espero sigamos vivos, te admiro, avanzo para poder más, intento rellenar el silencio, te mando muchos besos, entre mis cartas te ves hermosa en los espejos, suspiraría tantas veces entre tus abrazos, no sé cuántas vidas he tenido, espero alguna sea contigo, completa ¿quién se inventó esta tiranía de los ratos?

SE ARRIENDA
Columna de opinión, o de lo que usted quiera.
INFORMES
BvB05252007@gmail.com
TEL.: